

“El emigrante europeo en Venezuela a través de la narrativa de los ‘90”

Lancelot Cowie

Doctor en Filosofía y Letras,

La Universidad de West Indies, Mona, Jamaica, 1976.

Director fundador del Centre for Latin America and the Caribbean (CENLAC),

La Universidad de West Indies, St. Augustine, Trinidad & Tobago.

Desde los inicios del siglo XIX, Venezuela ha sido siempre un polo de succión para la inmigración europea, motivada por las guerras, la pobreza, la persecución y el aliciente del petróleo, el segundo mito de El Dorado, y el de una América libre. El propio Simón Bolívar ya había advertido la necesidad de forjar una República independiente acogiendo a todos los hombres útiles que desde ultramar deseaban asilo para construir una nación poderosa con su conocimiento. Así españoles, italianos, rusos, ingleses y alemanes sumados a los nativos, participaron en la Guerra de Independencia en las filas del ejército republicano.

El sincretismo cultural que desde un principio alimentó la rica y compleja cosmogonía del continente americano, fomentó el mito de la América exuberante, llamando la atención no sólo de los inmigrantes que decidían atravesar el Atlántico para asentarse en tierras ignotas y agrestes sino también de los grandes estudiosos de la ilustración como Alexander von Humboldt, entre otros.

Ya en 1831, el General Páez estimula la llegada de inmigrantes canarios, sobre todo, a Venezuela facilitando los gastos de traslado, la nacionalización, la exención del servicio militar y la exoneración impositiva, logrando que el congreso nacional disolviera la ley que prohibía el matrimonio entre venezolanos y españoles. Similar destino corrieron los alemanes en 1843, los escoceses en 1826 y los corsos que, una vez en territorio venezolano, fundaron sus propios pueblos como los conocidos Colonia Tovar y Topo, respectivamente¹. Las continuas olas migratorias impulsaron el desarrollo tecnológico y provocaron el auge de las comunicaciones ferroviarias cuando se fundaron los ferrocarriles nacionales de Venezuela que atravesaban gran parte del territorio hasta el momento inhóspito. Sin duda, todos nutrieron al territorio con sus descendientes y su laboriosidad y trabajo en la tierra.

Lamentablemente, durante la dictadura del General Juan Vicente Gómez a mediados de la década del '30, la restricción de los inmigrantes adquirió estatus de política de estado porque desconfiaba de sus ideas revolucionarias y anarquistas, en boga en Europa. Con el advenimiento del mandato del General López Contreras se reanuda la política migratoria abandonada acogiendo a los exiliados europeos cuyo bagaje de universalidad e ilustración presionaron positivamente para la apertura democrática de Venezuela y para la promulgación de leyes en favor de la captación de inmigrantes. La Guerra Civil Española como preámbulo de la Segunda Guerra Mundial fomentaron la llegada de intelectuales, técnicos, profesionales españoles y judíos, entre muchos otros, cuyos aportes y experiencias trasladadas al territorio americano abrieron las puertas a la modernización sobre todo de Caracas experimentada a partir de los años '50. El crecimiento urbanístico que también continúa en los '60 fue un gran atractivo para los inmigrantes y les permitió desplegar toda su iniciativa en la reconstrucción de sus propias vidas.

“Caracas, esta ciudad bruja de la que puede estarse hablando una vida, es un emporio. Aquí todo ha venido a mezclarse, como en un campamento babilónico. El valle donde acampó Diego de Losada, donde se arrodilló Humboldt, mirando hacia la Silla del Avila, es ahora tierra de aluvión del nuevo río de los siglos. Con las riquezas técnicas del mundo actual, con gigantescas palas mecánicas y arietes, que hunden de un golpe casas donde se vivió en paz durante un siglo,

¹ Ver Elisa Arráiz Lucca, *Te pienso en el puerto*, Caracas, Ala de Cuervo, 2004, novela que analiza de manera pionera la inmigración corsa en Venezuela durante el siglo XIX.

se mezclan los escombros de la ciudad romántica y detritus de todo el planeta. Hombres y máquinas de la pasada guerra han venido aquí a construir. Este es el valle de Josafat, el de la resurrección de la carne. Venezuela, Caracas, el sueño de los hombres que dormían en barracones tras las alambradas, y el de los desplazados de media Europa, señalaba hacia aquí como la aguja magnética marca el Norte. Este valle es ahora playa de náufragos, a donde unos llegan con anhelos y los mas con sus heridas y terrores". [Venezuela, imán: 15]

Entre 1948 y 1957 Venezuela, la Tierra Prometida, recibió 170.000 italianos, 80.000 españoles, 60.000 portugueses, 16.000 alemanes cuya cultura se manifestaba en la moda, la gastronomía, el léxico; la solidez del dinero, la oferta laboral y la tranquilidad social sustentada por la apertura del caraqueño no les hacían ver la confrontación política subyacente que los toma por sorpresa el 23 de enero de 1958 con la caída de Pérez Jiménez. Muchos regresaron a sus países de origen pero una gran parte se quedó para ver resurgir a Venezuela.

La literatura venezolana no es ajena a estos procesos históricos. Desde 1848 el costumbrismo se encarga de resaltar el contacto del nativo llanero con el extranjero y de cuestionar los beneficios de esta ola migratoria.² Rómulo Gallegos publica su cuento "Los inmigrantes" en 1922³ donde retrata el destino y las peripecias de un libanés y de un italiano que hicieron fortuna en Venezuela. Dando un gran paso en el tiempo, José Antonio Rial publica en 1955 su magnífica novela-reportaje "Venezuela, imán" donde examina exhaustivamente los aspectos clave del estudio de los inmigrantes, retomados luego por la narrativa de los '90. En este sentido, Rial sienta las bases de la presentación literaria de la tropicalización del inmigrante, las distintas visiones sobre América, debatiendo sobre su asimilación y el impacto de la ola migratoria en Venezuela. Lo mas descollante son las múltiples descripciones líricas del paisaje donde la naturaleza omnipresente fascina y enloquece al europeo

"El verdor espeso del trópico, rebelde y violento tanto en su tonalidad uniforme como en la furia con que se apodera de la tierra y la cubre, entre la niebla era duro y frío, mientras que bajo el cielo abierto se hacía mullido.

-Es difícil en el trópico escaparse del sol, que se mete por todas partes y nos persigue hasta en las habitaciones cerradas colándose por las rendijas. Verdad? -. Yo asentí." [337]

Las imágenes olfativas, térmicas y cromáticas expresan el impacto mágico de su exuberancia en el europeo en proceso de adaptación

"Se ponía el sol. Era rojo como llamas de la hierba gris y de los árboles resecos que nos rodeaban. Sus rayos últimos encendían la llanura desde su lejano confín y la hacían aparecer como un paisaje del infierno, en donde las perspectivas de palmeras y cujíes tuvieran ramas de brasa. Una bandada de garzas blancas pasó sobre nuestras cabezas; parecía que huyesen del incendio y que fueran ángeles". [346]

² Ver Antonio Scocozza, op.cit, pp.127-131.

³ Ibid., p.140. Cf. Marisa Vannini de Gerulewicz, "El inmigrante italiano en la literatura venezolana" en *Italia y los italianos en la historia y en la cultura de Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, 1998, pp.535-540.

"La luna, siniestra como un barco fantasma, cruzaba un cielo de nubes oscuras, tras las cuales se ocultaba por instantes. La senda que llevaba abajo parecía blanca bajo la luz difusa de la ciudad, que nos rodeaba fulgurando como una joya. [...] La noche en aquella sima tenía un olor verde, a plantas extrañas, casi nauseabundo para el olfato de un europeo". [355-6]

Tanto el paisaje rural como el ciudadano adquirían carácter de protagonistas de la historia personal y del país

"Sin embargo, Caracas recibe al extraño mostrándole primero sus miserias, sus ranchos multicolores que se escalonan en los cerros y forman una perspectiva pintoresca, una especie de Belén vivo e hirviendo. [...] Giovanni Pagano, nacido en Pola, trepó a los cerros como otros compatriotas suyos y como algunos portugueses, yugoeslavos, rusos, polacos, húngaros o españoles, y se estableció entre los nativos". [47]

"Caracas, en este momento del mundo, era la ciudad hospitalaria. Abría sin reparos las puertas a gentes que venían de la guerra de los campos de concentración, o de entre las ruinas de sus patrias, y que se habían acostumbrado, en la lucha a toda clase de pillajes. [...] Para el extraño no había muralla, ni fosos, ni puertas con centinelas como no había prohibiciones en cuanto a lo que pudiera o no pudiera hacer". [254]

Junto con la novela de Rial, presentamos también otras obras clave sobre la inmigración a Venezuela: "Anónimos conquistadores de la esperanza" (1990) de Fernando Gil Sánchez, "Siempre me matan" (1995) de Alfredo Conde y "La cueva de Altamira" (1992) de Miguel Gomes para sintetizar los aspectos en común de la reflexión sobre el tema.

La dura etapa inicial de la posguerra es el factor clave que empuja a los inmigrantes a salir de su tierra, especialmente de España donde escaseaba el trabajo y los sueldos eran inferiores a los de cualquier otro país europeo en proceso de expansión ["Anónimos conquistadores..."128]. Había que ganar dinero a toda costa para no volver como un indiano fracasado. En el caso de Blas Carou, protagonista de "Siempre me matan" esa era su obsesión principal en Venezuela [267] donde reunió una fortuna cuantiosa con negocios lícitos e ilícitos. Sin duda, el mito de "hacer la América" era alimentado por quienes regresaban exhibiendo su real riqueza ["Anónimos conquistadores..."132-3] o aparentando una fortuna que no poseían.

La inserción en la sociedad caraqueña no era fácil. Muchos se alojaban en pensiones comunes siempre con referencias a parientes que propiciaban trabajos de toda índole. Para los gallegos, principalmente, en el sector hotelero y gastronómico; para los canarios, fruterías; los italianos conducían taxis como algunos Gallegos. Algunos traían artículos aparentemente cotizados según los decires en su tierra pero no tenían venta en la realidad; otros trabajaban como albañiles y los

"Rusos, húngaros, checos o alemanes que lo habían perdido todo y que por ser agricultores ansiaban volver a la tierra, se establecieron en regiones próximas o lejanas y labraron huertas que eran prodigiosamente fértiles [...] Pequeñas industrias de cristal, de cerámica, de perfumes, de damasquinado; talleres

de vestir muñecas con los trajes típicos de las distintas regiones de Ucrania, de Polonia o de España; tiendecillas como las de los judíos de Tetuan o de Esmirna, donde verdaderos orfebres viejos y casi ciegos se dedicaban a cincelar joyas; sastrerías de teatro, escondidas en sólidos callejones...”[*Venezuela...*254-5]

Muchas veces existen grandes dificultades de adaptación por la añoranza de la familia o de la prometida, resolviéndose con la llegada a América de sus allegados o con la vuelta frustrada del inmigrante a su tierra. Sin embargo, algunos prefieren casarse con las nativas u otras inmigrantes. Las uniones multirraciales son muy variadas y frecuentes, marcando el camino del mestizaje venezolano. Las atractivas morenas son la salida a la soledad abrumadora del inmigrante impuesta por la negativa de sus esposas a venir a América quienes sólo quieren las remesas regulares. En ciertas ocasiones, las familias desconocen la procedencia del dinero o no aceptan moralmente el tipo de negocios que producen tanto pero, al mismo tiempo, vivieron muy bien con tales ingresos al punto de invertir en casas desocupadas en Galicia o en mausoleos en los cementerios [“Siempre me matan”: 196; 375]

Cuando esbozamos una tipología del gallego se resalta en las novelas su extrema frugalidad en pos de su remesas o de su retorno que, en muchas ocasiones, no deja de ser un sueño. Este es el caso de Tobías en *Anónimos conquistadores* de la esperanza quien nunca pudo gozar de su dinero porque luego de un accidente con su camión queda inválido de ambas piernas. La solidaridad de sus compatriotas gallegos ante su situación queda de manifiesto como otro rasgo peculiar de esta comunidad [34-5] y la suya propia cuando lega todo su dinero al joven Andrés para salvar su negocio del embargo del banco [248-9]. De manera similar “Siempre me matan” describe la solidaridad de las comunidades gallegas en el exterior hacia sus paisanos en cualquier parte del mundo [291; *Anónimos conquistadores...* 184-7] El caso más destacado del enriquecimiento del indiano es el de Blas Carou, protagonista de *Siempre me matan* quien retorna a Galicia para invertir en el hotel más lujoso del lugar después de treinta y tres años de vivir en Caracas. Pero como “indiano retornado” no pudo reinsertarse en su tierra [298-99].

El inmigrante recién llegado no se involucra en la vida política de Venezuela según Rial [59]. Sin embargo, Conde menciona como “comenzó la sigilosa participación de los gallegos en la política del país a través de sus propios hijos” [208] con la caída del dictador Pérez Jiménez y con el consecuente espacio dejado por los italianos muy proclives a su favor.

La apretada síntesis presentada remarca solo los puntos cruciales desde los cuales se siguen mirando los procesos migratorios. En general, estas novelas no suscitan un debate candente al respecto. Solo intercalan opiniones efímeras sobre tal proceso que, en general, reconoce el valor y el impacto social, cultural y económico de los europeos en Venezuela y su libertad para manejar sus asuntos financieros sin ninguna restricción del país. La ironía radica en que todos desean volver pero quienes logran regresar a su terruño aceptan su imposibilidad de readaptación. Pocas de las historias relatadas terminan con éxito y los avatares de cada personaje se reconocen fácilmente en la historia de cualquier inmigrante.

Es necesario rebasar las fronteras miopes que limitan al inmigrante como usurpador de divisas. En estas novelas de reciente publicación, justamente prevalece su figura como hombre tesorero a quien su pobreza no lo inclina al crimen sino a reafirmar sus valores morales, familiares y patrióticos tanto para su tierra como para la nación adoptada.

Bibliografía

- Conde, Alfredo. *Siempre me matan*. Barcelona: Mondadori, 1995. 479p.
- Gil Sánchez, Fernando. *Anónimos conquistadores de la esperanza*. Venezuela: Planeta, 1990. 304p.
- Gomes, Miguel. *La cueva de Altamira*. Caracas: Alfadil Ediciones, 1992. 82p.
- Rial, José Antonio. *Venezuela, Imán*. Madrid: Editorial Mediterráneo, 1955. 503p.
- Scoccozza, Antonio. "El emigrante italiano en el cuento venezolano" en Rafael Di Prisco-Antonio Scoccozza Coordinadores, *Ideología y ficción en el siglo XX*, II Congreso Internacional Literatura y Política en América Latina, Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1998, pp.119-150.